

## **La misericordia divina y el misterio de María. Una reflexión en torno al *Magnificat***

Antonio Aranda  
*Universidad de Navarra*

### INTRODUCCIÓN

Tres son los ámbitos, dentro de la economía de la salvación, en los que ha sido revelada la incomparable relación entre la misericordia divina y el misterio de la Mujer escogida para ser Madre del Verbo encarnado y redentor.

María, en efecto:

a) Por la elección que Dios ha hecho de Ella y por su libre asentimiento es, en primer lugar, *Testigo eminente* de la misericordia divina.

b) En segundo lugar, al ser el misterio de Cristo –Verbo divino encarnado, muerto y resucitado– la plena revelación del misterio del Padre y de su amor<sup>1</sup>, esto es, la manifestación histórica plena del desbordamiento de la misericordia divina sobre el hombre pecador, María, Madre de Cristo, es también misteriosamente, y así ha de ser llamada, Madre de la misericordia realizada en la historia, o como resumidamente dice la piedad cristiana: *Madre de misericordia*.

c) En tercer lugar, por la función espiritual que el Hijo asigna a su Madre en el Calvario, ligada de modo indefectible a su misión materna, María es también, de modo permanente, singular colaboradora en la restau-

---

<sup>1</sup> Cf. Const. past. *Gaudium et spes*, 22.

ración de la vida sobrenatural de las almas<sup>2</sup>, o también cabría decir *Canal o conducto* de la misericordia divina.

Esos mismos ámbitos, en los que María es contemplada, a la luz del misterio de Cristo, como testigo eminente, Madre y cauce singular de la misericordia divina, constituyen un triple escenario ofrecido al pensamiento cristiano sobre el tema que abordamos, y asiduamente tomado en consideración desde época muy temprana. En el interior de la misteriosa e impar relación entre Dios misericordioso, que se autocomunica enteramente en Cristo, y la humilde Virgen de Nazaret, que lo acoge en su alma y en su cuerpo de modo activo y pleno, se encuentran asentadas las claves profundas (trinitarias, cristológicas y eclesiológicas) de la mariología, como caudal de sabiduría revelada y como fuente de progreso teológico, espiritual y pastoral.

También se encuentran allí enraizadas esas otras claves antropológicas y sociológicas (inseparables de las anteriores), que han dado lugar al fenómeno religioso más globalmente compartido —de forma pública o privada— por los cristianos de todas las latitudes y de todos los tiempos, como es la devoción filial a María, como Madre de misericordia. No obstante la variedad y movilidad de los modelos socio-culturales, incontables personas individuales e impresionantes masas de fieles son atraídas sin cesar en todo el mundo por la que, siendo honrada como Madre de Dios y de los hombres, es asimismo venerada como cauce privilegiado, en cuanto materno, de la divina misericordia.

Subsiste en el pueblo cristiano la conciencia de un parentesco espiritual indeleble (*syngéneia*) con la Madre de Cristo, Madre de gracia y de misericordia. En ese hilo conductor se engarzan las grandes manifestaciones de piedad de los santuarios o de otros lugares de culto mariano, así como los discretos gestos de la devoción personal de los fieles. Tal convicción de afinidad “familiar” con María, es un dato religioso y sociológico universalmente verificable y abierto en cuanto tal a distintas explicaciones. Mirado desde la fe es, sobre todo, expresión de algo que cabría calificar de “hecho teológico”, una realidad que encierra un protagonismo de Dios, y que por eso mismo está siempre pidiendo ser reconsiderado por la teología. Merece, en efecto, ser repensado el dinamismo de esperanza sobrenatural que se establece, de manera más o menos consciente, en la persona cristiana como fruto de su fe en que la Virgen María ha sido constituida por Dios Testigo singular, Madre amorosa y Cauce perenne de su misericordia.

---

<sup>2</sup> Cf. Const. dogm. *Lumen Gentium*, 61-62.

Al mismo tiempo –y es otro aspecto al que queremos referirnos–, en paralelo con el dato de la confianza del pueblo cristiano en el amparo de Santa María, aunque en cierto contraste con él, resulta evidente que la reflexión teológica sobre el misterio de María sufre de vez en cuando (y de hecho los ha padecido) periodos de carencia y cierto desinterés. No faltan incluso ambientes intelectuales –que conviven eclesialmente con la viva devoción mariana del pueblo de Dios–, en los que la mariología es tenida como materia accesoria en el plano de la investigación y de la formación teológicas. ¿Cómo explicar esa notable discrepancia? ¿Cómo justificar que un rasgo tan característico y permanente de la fe del pueblo cristiano, no estimule con más constancia y, sobre todo, con más eficacia el pensamiento teológico?

Sin otro ánimo que el de dejar señalada la cuestión sin entrar ahora en su análisis, cabe decir que, a mi entender, una razón de ese contraste –a la que también ha aludido recientemente Walter Kasper<sup>3</sup> – puede quizás hallarse en la escasa atención que la teología dogmática ha dedicado a la misericordia divina como objeto de estudio sistemático. Posiblemente se esconda también ahí una de las causas de la insuficiente reflexión mariológica sobre la especial función otorgada a María en la autocomunicación plena de Dios misericordioso en Cristo, como Testigo eminente, Madre amorosa y Canal o cauce de la misericordia. Sobre estos aspectos nos proponemos razonar en las páginas siguientes, tomando como hilo conductor el cántico lucano del *Magnificat* (Lc 1, 46-55).

Tras unas referencias preliminares al significado teológico de la plena revelación de Dios, en Cristo, como Padre misericordioso, analizaremos la relación del misterio de María con la misericordia divina en cada uno de los tres ámbitos mencionados<sup>4</sup>, y ofreceremos unas perspectivas de trabajo.

---

<sup>3</sup> Cf. W. KASPER, *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*, Sal Terrae, Santander 2013, 2ª ed., cap.1: «La misericordia: un tema actual, pero olvidado», pp. 11-28.

<sup>4</sup> Un planteamiento análogo es el que propone Schönborn, cuando escribe: «Deseo acercarme al misterio de María dando tres pasos: en primer lugar, su elección aparece como obra pura de la misericordia de Dios; después, el camino de la fe de María como “escuela de misericordia” y, por último, su ser perfecta Madre de la Misericordia, a la que podemos dirigirnos en todas nuestras necesidades» (Ch. SCHÖNBORN, *Hemos encontrado Misericordia. El misterio de la Divina Misericordia*, Ed. Palabra, Madrid 2011, 155)

## 2. LA NOCIÓN REVELADA DE MISERICORDIA DIVINA

En el contexto vital e intelectual cristiano, en el que existimos y pensamos a la luz de la fe, ¿qué entendemos, en general, por “misericordia” como actitud personal virtuosa? ¿Qué hay en esa noción de simple manifestación de una cualidad humana (talante, conducta, proceder del hombre en cuanto hombre), y como tal expresable en categorías distintas, pero no derivadas de la revelación, y qué de estrictamente cristiano? Para contestar a esa pregunta hay que hacer antes otra: ¿qué es lo determinante en la revelación de Dios en el AT como misericordioso?

El sentido de la misericordia divina como noción revelada no es simplemente expresable aludiendo al significado de ciertas actitudes humanas – como, por ejemplo, piedad, compasión, perdón, clemencia, indulgencia, conmiseración, lástima, etc.–, aunque el de éstas pueda ser predicado análogamente del de aquélla. Asimismo, su contenido no es comparable sin más con lo que, en el plano humano, denominamos filantropía, altruismo, generosidad, magnanimidad, beneficencia, bondad, tolerancia, condescendencia, benevolencia, etc. Aunque es verdad que la misericordia de Dios con los hombres incluye todos esos aspectos, lo hace al modo divino, sin agotarse en ninguno de ellos ni en la suma de todos, pues encierra en su seno una realidad misteriosa, más profunda.

La misericordia divina no ha de ser tampoco meramente entendida como infinito amor a la criatura, ni solo como inmensa benevolencia ante su pequeñez y debilidad. Todo eso lo es, pero en nuestro discurso sobre ella debe además entrar con luz propia el rasgo determinante, con el que nos ha sido revelada: la misericordia divina es el amor de Dios, que se vuelca sin medida en favor de la criatura amada en cuanto herida por el pecado y desordenada respecto a su único fin sobrenatural, para el que ha sido creada y elevada.

La mirada cristiana sobre el Dios misericordioso y la correspondiente noción teológica de misericordia divina, han de presuponer y no apartarse de un doble fundamento: a) en primer lugar, la revelación del designio amoroso de Dios, que ha querido crear al hombre a imagen suya, destinándolo a participar de la intimidad trinitaria; y, en segundo lugar, b) la voluntad divina, incluida en el mismo designio eterno de salvación, de tomar sobre sí la herida del pecado del hombre, y no solo para restaurar la imagen ensombrecida sino para conducirla, en Cristo, a la plenitud de la relación filial. La misericordia paterna de Dios ha sido plenamente revelada,

a la luz del misterio de Cristo, como amor que rebosa compasión hacia la criatura amada, vulnerada por el pecado en lo más profundo de su ser imagen. Su significado ha quedado expresado del mejor modo en la admirable declaración de Jesús ante Nicodemo: «Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3,16).

El Dios revelado *propter nos*, en el escenario por Él mismo establecido de la economía de la salvación, es decir, de la mutua relación personal entre Él y nosotros, se ha dado a conocer en el AT como esencialmente misericordioso, y en el NT —llevando esa luz a plenitud— como Padre amoroso del Hijo, y en el Hijo, Padre misericordioso de los hombres. Dios nos ha manifestado el misterio de su ser y, en él, el del nuestro, en un contexto de amor creador y redentor, es decir, de salvación.

En ese entorno económico-salvífico, que Dios ha establecido por amor a nosotros al autocomunicarse, han de ser teológicamente analizados el contenido y significado de la noción de misericordia divina. También ahí, en consecuencia —sin apartarse de ese fundamento—, es donde ha de plantearse la reflexión sobre el tema mariológico propuesto.

Sostengo, pues, la idea de que, cuando hablamos de misericordia divina en el contexto del pensamiento cristiano, con todos sus presupuestos revelados y sus consecuencias intelectuales y vitales, estamos ya situados de entrada en una visión teológica y antropológica concretas (una concepción de Dios y del hombre, en sí mismos y, sobre todo, en su mutua relación), cuyas características propias, procedentes de la revelación y de su recepción por la Iglesia, han de ser cuidadosamente discernidas y respetadas. La noción cristiana de misericordia divina y, más propiamente, de Dios misericordioso, está fundada sobre la revelación acerca de Dios y del hombre en el AT y en el NT, y, lo que es más importante, sobre la revelación acerca del sentido de su mutua relación, establecido por Dios desde el principio al crear amorosamente al hombre a imagen suya, y al “reafirmar”, por así decir, esa voluntad con la obra redentora de Cristo.

Desde este punto de mira, la noción de misericordia divina, o de Dios misericordioso, evidentemente ligada a la noción de amor divino y de Dios que es Amor, está situada en el hondón más profundo de la autocomunicación de Dios, en cuanto que asume sobre sí amorosamente la culpa (la negación de sí mismo) y se muestra infinitamente compasivo ante la miseria del hombre en pecado (la miseria, si se quiere ir al fondo, de la imagen herida).

¿Cómo ordenar el análisis teológico de la cuestión? Lo sintetizamos en dos puntos, que dejamos simplemente incoados: 1) hay que meditar sobre la clave de la doctrina bíblica sobre la misericordia, y 2) es necesario seguir ahondando en el *pro nobis* del misterio de Cristo.

Es evidente que la misericordia divina ha sido revelada en el Antiguo Testamento con una gran riqueza de expresiones, por lo que resulta efectivamente difícil «buscar en estos Libros una respuesta puramente teórica a la pregunta sobre en qué consiste en sí misma»<sup>5</sup>. Es algo tan difícil, cabría decir, como buscar en el Texto revelado una respuesta sintética y al mismo tiempo exhaustiva a la pregunta sobre qué es Dios. Conocemos, no obstante sus perfiles esenciales:

a) la misericordia «es, por parte de Dios, fidelidad a sí mismo»<sup>6</sup> (*hesed*), lealtad a la alianza establecida con los hombres: «No lo hago por vosotros, casa de Israel, sino más bien por el honor de mi nombre» (Ez 36,22);

b) ha sido también desvelada como amor totalmente gratuito y maternal (*rahamim*), como «una variante casi «femenina» de la fidelidad masculina a sí mismo, expresada en el *hesed*»<sup>7</sup>, como una exigencia del corazón, por así decir, de Dios; y, en ese sentido, la noción de misericordia divina, además de fidelidad, incluye bondad, ternura, paciencia y comprensión, y se manifiesta como disposición a perdonar el pecado del hombre y del pueblo<sup>8</sup>.

En la revelación de la misericordia del Señor para con los suyos —insiste Juan Pablo II, en quien nos estamos apoyando—, se ponen de manifiesto todos los matices del amor: es, en efecto, amor paternal (Cf. Is 63, 16), amor sponsal (Cf. Os 2, 3), amor indulgente (Cf. Os 11, 7-9; Je 31, 20; Is 54, 7s); etc. «Es fácil entonces comprender por qué los Salmistas, cuando desean cantar las alabanzas más sublimes del Señor, entonan himnos al Dios del amor, de la ternura, de la misericordia y de la fidelidad (Sal 103 (102) y 145 (144))»<sup>9</sup>.

Todavía con mayor profundidad, y de un modo concluyente, Dios revela su misericordia, en Cristo y por Cristo. El Hijo de Dios hecho hom-

<sup>5</sup> SAN JUAN PABLO II, Enc. *Dives in misericordia*, 30-XI-1980, n. 4.

<sup>6</sup> *Ibidem*.

<sup>7</sup> *Ibid.*, nt. 52.

<sup>8</sup> Cf. *ibid.*, n. 4.

<sup>9</sup> *Ibidem*.

bre «confiere un significado definitivo a toda la tradición veterotestamentaria de la misericordia divina. No sólo habla de ella y la explica usando semejanzas y parábolas, sino que además, y ante todo, él mismo la encarna y personifica»<sup>10</sup>. Él mismo es, en persona, la expresión radical y permanente de la divina misericordia. «Jesucristo —como ha escrito el Papa Francisco— es el rostro de la misericordia del Padre. (...) Quien lo ve a Él ve al Padre (Cf. Jn 14, 9). Jesús de Nazaret con su palabra, con sus gestos y con toda su persona revela la misericordia de Dios»<sup>11</sup>.

Es preciso, pues, hacer hincapié, como venimos haciendo, en la radical relación entre las nociones de misericordia divina y de salvación, entendida esta última como perdón del pecado e irrupción en la historia de la nueva vida en Cristo, que a su vez se despliega como caridad (con Dios y con el prójimo), y también por tanto como misericordia, entendida como compasión por la miseria ajena, espiritual y material. Como dice, por ejemplo, Tomás de Aquino, «misericordia significa, efectivamente, tener el corazón compasivo por la miseria de otro (...), es el sentimiento que nos compele a socorrer, si podemos»<sup>12</sup>.

La misericordia entraña, en efecto, compasión, dolor por la desdicha ajena (más intenso cuanto más cercano en el orden del amor nos es el otro: el amigo, el allegado, etc.). En ese sentido, se puede decir que la actitud misericordiosa, en cuanto que le compete volcarse en los otros, y socorrer sus deficiencias, es peculiar del superior. «Por eso se señala como propio de Dios tener misericordia, y se dice que en ella se manifiesta de manera extraordinaria su omnipotencia»<sup>13</sup>, máximamente en el perdón del pecado.

<sup>10</sup> SAN JUAN PABLO II, Enc. *Dives in misericordia*, 30-XI-1980, n. 2.

<sup>11</sup> FRANCISCO, Bula *Misericordiae Vultus*, 11-IV-2015, n. 1. Más adelante, en el mismo documento, se lee: «Con la mirada fija en Jesús y en su rostro misericordioso podemos percibir el amor de la Santísima Trinidad. La misión que Jesús ha recibido del Padre ha sido la de revelar el misterio del amor divino en plenitud. “Dios es amor” (1 Jn 4, 8.16), afirma por la primera y única vez en toda la Sagrada Escritura el evangelista Juan. Este amor se ha hecho ahora visible y tangible en toda la vida de Jesús. Su persona no es otra cosa sino amor. Un amor que se dona gratuitamente. Sus relaciones con las personas que se le acercan dejan ver algo único e irrepetible. Los signos que realiza, sobre todo hacia los pecadores, hacia las personas pobres, excluidas, enfermas y sufrientes llevan consigo el distintivo de la misericordia. En Él todo habla de misericordia. Nada en Él es falta de compasión» (*ibid.*, n. 8).

<sup>12</sup> STO. TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, II-II, q. 30, a. 1, *resp.*

<sup>13</sup> *Ibid.*, II-II, q. 30, a. 4, *resp.* Tomando ocasión de ese textos, escribe el Papa Francisco: «Las palabras de santo Tomás de Aquino muestran cuánto la misericordia divina no sea

Tal comprensión de la misericordia divina como disposición, ante todo, de perdonar, como don de salvación que restaura la imagen herida y hace renacer a una nueva vida, es luz de fondo de la teología y de la antropología cristianas. Cristo, el Hijo del Padre misericordioso, es el Salvador que ha tomado sobre sí el pecado del hombre, asumiendo en la grandeza de su misterio pascual el cumplimiento de la justicia divina, que es la plenitud de la misericordia, como ésta lo es de la omnipotencia divina.

Por eso, la profundización teológica en la revelación de la misericordia divina ha de centrarse, especialmente, a mi entender, en la reflexión sobre el misterio del Salvador y de su obrar *propter nos homines et propter nostram salutem*, es decir, sobre el *pro nobis* de su vida, muerte y resurrección, así como sobre su representación vicaria en lugar nuestro. De esto he escrito ampliamente en otro lugar, al que me remito<sup>14</sup>. Quiero, no obstante, dejar también constancia de lo que señala Walter Kasper al respecto:

«El *pro nobis* constituye el sentido de la existencia de Jesús y de la entrega de su vida. En cuanto tal, representa el irrenunciable centro dador de sentido de la teología neotestamentaria. (...) [los enunciados bíblicos al respecto] solo se entienden si se toma en consideración en toda su hondura y gravedad no solo la miseria social, sino también la miseria metafísica y, con ello, la total alienación y ausencia de salvación en la que, a causa del pecado, nos encontramos lo seres humanos»<sup>15</sup>.

Establecidos estos principios, pasamos a desarrollar el tema mariológico propuesto de acuerdo con el triple escenario antes indicado: María, Testigo eminente de la misericordia divina, Madre de misericordia y Cauce singular de la misericordia divina en favor nuestro.

### 3. MARÍA, TESTIGO EMINENTE DE LA MISERICORDIA DIVINA

El argumento a desarrollar en este apartado, conforme se encuentra develado en el cántico mariano del *Magnificat*, es, en síntesis, el siguiente:

---

en absoluto un signo de debilidad, sino más bien la cualidad de la omnipotencia de Dios» (FRANCISCO, Bula *Misericordiae Vultus*, n. 6).

<sup>14</sup> Cf. A. ARANDA, *Identità cristiana: i fondamenti*, EDUSC, Roma 2007, 142-170.

<sup>15</sup> W. KASPER, *La misericordia*, cit., 76-77.

María, en primer lugar, se conoce a sí misma como singular receptora de la misericordia divina, en cuanto que el Dios todopoderoso (ὁ δυνατός), cuyo nombre es santo (καὶ ἅγιον τὸ ὄνομα αὐτοῦ), ha realizado en ella cosas grandes (μεγάλα) (Lc 1, 19)<sup>16</sup>. Tal formulación hace referencia a su elección para ser la Madre del Salvador, como le ha sido comunicada en el anuncio del ángel al ser desvelado el nombre –es decir, el ser y la función: toda la realidad– de su hijo («de pondrás por nombre Jesús», Lc 1, 30), nombre también declarado a su esposo José, con una precisa explicación de su significado («dará a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados», Mt 1, 21). «El Dios que es magnificado y en el que se alegra María no es sólo *Kyrios* y *Theós*, sino también *Sotér*, Salvador: más aún “mi Salvador”. El *Magnificat* es un canto a Dios-Salvador; el tema de la salvación tiene en él una importancia fundamental»<sup>17</sup>. La salvación, en efecto, además de estar en el centro de la obra de Lucas, es el motivo fundamental del *Magnificat*, que celebra al Dios Salvador<sup>18</sup>.

Al mismo tiempo, y de modo inseparable, María es mensajera consciente de que en ella y a través de ella «se realiza la promesa hecha a los padres y, ante todo, “en favor de Abraham y su descendencia por siempre”; de que en ella, como madre de Cristo, converge toda la economía salvífica, en la que, “de generación en generación”, se manifiesta aquel que, como Dios de la Alianza, se acuerda “de la misericordia”»<sup>19</sup>. Las palabras de María: «su misericordia se derrama de generación en generación sobre los que le temen» (Lc 1, 50), «abren una nueva perspectiva en la historia de la salvación»<sup>20</sup>. En esta idea, en realidad, coincide de un modo u otro toda la tradición cristiana, desde los Padres. Ya Ireneo «intuye que la Madre de Jesús –dada su posición central en el plan de salvación– no canta solo por

<sup>16</sup> Esto es lo que parece estar considerando Juan Pablo II cuando escribe: «María es la que de manera singular y excepcional ha experimentado –como nadie– la misericordia, y, también de manera excepcional, ha hecho posible con el sacrificio de su corazón la propia participación en la revelación de la misericordia divina» (SAN JUAN PABLO II, Enc. *Dives in misericordia*, 9).

<sup>17</sup> A. VALENTINI, *Il Magnificat. Genere letterario. Struttura. Egesesi*, Ed. Dehoniane, Bologna 1987, 243.

<sup>18</sup> Cf. *ibid.*, 248.

<sup>19</sup> SAN JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris Mater*, 36.

<sup>20</sup> SAN JUAN PABLO II, Enc. *Dives in misericordia*, 9.

motivo de su propia persona, sino que en ella confluye la alegría del antiguo pueblo de Israel y se anticipa la exultación de la Iglesia»<sup>21</sup>.

Eso mismo es confirmado también por la exégesis y la teología contemporáneas. Es común, en efecto, aceptar que el concepto central del *Magnificat* es el de *salvación*, cuya plenitud ha tenido inicio con la encarnación del Verbo en el seno de María<sup>22</sup>. Los autores concuerdan en reconocer que la salvación —que evidentemente no es un tema exclusivo de Lucas, pues está presente en todo el NT, y particularmente en san Pablo— es, como por ejemplo señala con fuerza Valentini, «el tema central de toda la obra lucana, el centro de su Evangelio, la idea dominante de su predicación, la línea de fondo también de los Hechos, la clave de su teología»<sup>23</sup>.

San Lucas ha situado, en efecto, el *Magnificat*, y los otros cánticos del evangelio de la infancia, en el inicio de la salvación, pero contemplando todo desde la salvación ya realizada, esto es, desde una perspectiva postpascual<sup>24</sup>. Lo que Dios ha realizado en María y ella testimonia, desvela la forma de actuar de Dios y su proyecto de salvación universal, que ya ha comenzado a cumplirse en ella y va a desplegar toda su fuerza en el mundo

---

<sup>21</sup> A. GILA, «Riletture patristiche [del Magnificat]», *Theotokos* V (1997) 423-461, aquí 439. Todo ese fascículo de la revista de la Associazione Mariologica Interdisciplinare Italiana está dedicado al *Magnificat*. En el artículo citado, Angelo Gila señala que los comentarios al *Magnificat* de los Padres de los siglos IV-VI, como Afraate, Antipatro, Ambrosio, Jerónimo, Epifanio, etc., (no, sin embargo, Agustín, que escribió mucho sobre la Virgen, pero no comenta en ningún momento el *Magnificat*), en los que se advierte un profundo influjo origeniano (Orígenes —como se sabe— es autor de la más antigua homilía al cántico lucano: *In Luc. Hom. VIII*: SC 87, Paris 1962), ven en el cántico lucano los trazos del camino espiritual de la Madre del Señor, a la que presentan como portavoz y apologeta del hecho de la Encarnación (en un tiempo histórico fuertemente marcado por la lucha contra el arrianismo). Señala también el Autor que el *Magnificat* ha sido para los Padres una clave de comprensión de la fisonomía espiritual de la Madre de Jesús y, al mismo tiempo, una vía para verificar la identidad de la Iglesia.

<sup>22</sup> Cf. S. MUÑOZ IGLESIAS, «Génesis histórico-literaria del Magnificat», *EphMar* 36 (1986) 9-27, aquí 24.

<sup>23</sup> A. VALENTINI, *Il Magnificat*, cit., 242.

<sup>24</sup> Se puede ver, al respecto, G. ARANDA, «El *Magnificat*. El Evangelio proclamado por María», *EphMar* 36 (1986) 29-56, aquí 32. El Autor se apoya en MUÑOZ IGLESIAS, *Los Evangelios de la infancia*, I. *Los Cánticos del Ev. de la infancia según san Lucas*, CSIC, Madrid 1983, y en H. SCHÜRMAN, *Das Lukasevangelium: kommentar zu kap. 1, 1-9*, 50, Herders Theologischer Kommentar zum Neuen Testament, 3, 1, Herder, Freiburg 1969.

con un cambio de las situaciones en que viven los hombres y con el restablecimiento de Israel tal como estaba prometido<sup>25</sup>.

En el *Magnificat*, María habla de sí, pero más todavía de su estar comprometida en la aventura mesiánica, en la dinámica de la salvación<sup>26</sup>, expresiva de la misericordia divina. Es éste, a mi entender, un tema capital, sobre cuyos diversos apartados no podemos cansarnos de meditar. Como escribe Kasper: «María recapitula en el *Magnificat* la entera historia de la salvación, describiéndola como una historia de la compasión divina. (...) Con la elección y vocación de María para ser la madre del Salvador, esta historia entra en su fase determinante, en su fase definitiva»<sup>27</sup>.

El *Magnificat* —composición de procedencia netamente cristiana, como lo delata la referencia a la maternidad mesiánica de María<sup>28</sup>—, no es, por así decir, “un canto del pasado”. Su importancia y su presencia actual es fácilmente observable a través de los constantes estudios que ha suscitado y continúa promoviendo en la exégesis, la teología y la espiritualidad del presente, desde perspectivas diversas. Basta hacer un breve repaso de las bibliografías marianas de los últimos años para advertir las decenas de títulos centrados en él. Para la mariología del presente, el *Magnificat* tiene el particular interés de que, como señala Peretto, «recoge y expresa la riqueza interior de María, que después de la Resurrección profundizó el misterio de Dios, hecho hijo suyo, y su función de madre de una nueva familia»<sup>29</sup>.

Enrique Llamas<sup>30</sup>, siguiendo a Bossard<sup>31</sup> y en coincidencia con tantos otros (como, por ejemplo, Muñoz Iglesias, Gonzalo Aranda, López Melús, Gomá Civit, Molina Prieto, Esquerda Bifet, R. Brown, Grelot, Monlo-

---

<sup>25</sup> Cf. *ibid.*, 34.

<sup>26</sup> Cf. M. MASCIARELLI, «[Il Magnificat] “Grammatica” di catechesi», *Theotokos* V (1997) 565-597, aquí 580.

<sup>27</sup> W. KASPER, *La misericordia*, cit., 202. «María considera su elección como el cumplimiento de una promesa ancestral, de la esperanza de muchas generaciones. Dios cumple su promesa y dona a su pueblo su misericordia. María es ese don» (CH. SCHÖNBORN, *Hemos encontrado Misericordia*, cit.,158).

<sup>28</sup> S. MUÑOZ IGLESIAS, *Génesis histórico-literaria del Magnificat*, cit.,17.

<sup>29</sup> E. PERETTO, «*Magnificat*», en *Nuevo Diccionario de Mariología*, Ed. Paulinas, Madrid 1988 (ed. it. 1984), 1226.

<sup>30</sup> Cf. E. LLAMAS, «María, la humilde esclava del Señor», *Revista de Espiritualidad* 50 (1991)183-208.

<sup>31</sup> Cf. A. BOSSARD, «Le Magnificat: un vieuxchant très actuel», *Cahiers Marials* 113 (1978) 13.

bou, etc.), sostiene que el *Magnificat* es puesto por Lucas en labios de María (tomándolo de un himno anterior, que retoca e incorpora a su Evangelio), como expresión de la vivencia interior de la Virgen, de su gozo y acción de gracias por el don divino. Esta postura de fondo, en efecto, puede calificarse de común, con independencia de a quien se adjudique el texto del cántico (lucano, prelucano, etc.). Lucas lo ha puesto en labios de la Virgen, porque los sentimientos expresados responden a la idea que él tiene de María. Peretto resume esta idea así: «El hagiógrafo parte de la nueva situación (concepción de María y visita a Isabel), y se propone expresar los sentimientos más íntimos de María delante de Dios y de la humanidad, que entra en la recta de llegada de su salvación»<sup>32</sup>.

Llamas se ha detenido también en reflexionar sobre la experiencia interior de María —experiencia inefable del amor salvífico de Dios— ante el misterio de su maternidad divina<sup>33</sup>. Y señala que, sean o no literales las palabras del cántico, lo importante es que Lucas, autor inspirado, al ponerlo en los labios de la Virgen, juzga que expresa bien sus sentimientos interiores y la sustancia de su oración. Para reforzar su tesis, Llamas se fija asimismo en las actitudes espirituales de autores místicos, como santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz, que hablan del gozo del alma ante la experiencia de los dones de Dios y, rebosantes de júbilo, rompen en alabanzas y cánticos al Señor. El *Magnificat* sería, pues, expresión comunicativa de la experiencia interior, profunda e incontenible de María, como exigencia del momento espiritual que estaba viviendo<sup>34</sup>.

Éste, en efecto, es un punto de mira que debe ser destacado, pues responde a la pura lógica de la experiencia viva de Dios, que en el

<sup>32</sup> E. PERETTO, *Magnificat*, cit.,1230.

<sup>33</sup> Cf. E. LLAMAS, *María, la humilde esclava del Señor*, cit.,196-197.

<sup>34</sup> Cf. *ibid.*, 201. En este mismo sentido, Muñoz Iglesias ha señalado que el autor de Lucas 1-2 pone el *Magnificat* en labios de María como expresión de los sentimientos provocados en ella por la concepción virginal del Hijo de Dios. El ponerlo en labios de María es indicativo de que el autor del Evangelio expresa con ese cántico los sentimientos de la Virgen al saberse Madre del Mesías. Cf. S. MUÑOZ IGLESIAS, *Génesis histórico-literaria del Magnificat*, cit., 23. La ubicación del *Magnificat* en labios de María está apoyada en la totalidad de los códices griegos y de la inmensa mayoría de las versiones latinas; asimismo lo sostienen todas las ediciones críticas del NT. La tradición más común, antigua y reciente, lo atribuye de manera unánime a María. Solo tres manuscritos de la Vetus Latina, datables entre los ss. IV y VIII, así como la versión armenia de *Adv. Haereses* IV,7,1 de san Ireneo, y un texto de Nicetas de Remesiana (del año 400, aproximadamente) —quizás también, aunque oscuramente, algún pasaje de Orígenes, aunque puede estar refiriéndose, sin compartirlo, a lo que dice algún código bíblico por él manejado—, ponen el *Magnificat* en labios de Isabel.

caso de María es además altísima e inefable. Con independencia de que la “humildad” (ταπεινωσις) mencionada por ella en su cántico pueda entenderse como “insignificancia” o “bajeza” de quien se autodenomina “esclava” (τῆς δούλης αὐτοῦ) —así lo hacen los autores que leen el texto desde una perspectiva, por así decir, socio-cultural (una muchacha joven y desconocida, de un lugar olvidado de Israel)—, también cabe leerlo en clave personal y espiritual. Es como lo hace, por ejemplo, Daniel-Joseph Lallement, quien subraya a este respecto que «hay una humildad extremadamente profunda y preciosa en la vida espiritual, que es la humildad del abandono completo a Dios, a la Providencia»<sup>35</sup>.

Juan Pablo II ha hecho hincapié en esa misma idea: en las sublimes palabras del *Magnificat*, «que son al mismo tiempo muy sencillas y totalmente inspiradas por los textos sagrados del pueblo de Israel, se vislumbra la experiencia personal de María, el éxtasis de su corazón»<sup>36</sup>. O, diciéndolo más brevemente, en ellas «se manifiesta todo el corazón de nuestra Madre»<sup>37</sup>.

Si la primera parte del cántico es el testimonio de que la misericordia de Dios —en referencia a la concepción en su seno del Salvador— ha hecho en María cosas grandes, la segunda parte (vv. 51-53) es la comprobación de que esa misericordia se extiende sin medida entre los hombres, pues es el proceder habitual de Dios: Él es así y obra así con sus criaturas<sup>38</sup>. Como ha observado el Papa Francisco<sup>39</sup>: «Su canto de alabanza, en

<sup>35</sup> D. LALLEMENT, *Mater Misericordiae*, E. du Cerf, Paris 1936, 78. Me parece que hay que tener seriamente en cuenta este aspecto, como en general otras actitudes espirituales profundas que advertimos en las personas santas, siendo conscientes, al mismo tiempo, de que es inalcanzable para nuestro entendimiento la calidad y la hondura de esas actitudes espirituales en la que es saludada por el ángel con las palabras: «Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo» (χαῖρε, κεχαριτωμένη, ὁ κύριος μετὰ σοῦ) (Lc 1,28).

<sup>36</sup> SAN JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris Mater*, n. 36.37.

<sup>37</sup> ID., *Homilía* del 15-VIII-1979, en Castlegandolfo.

<sup>38</sup> Los seis aoristos famosos (*hízō* [Ἐποίησεν] proezas con su brazo, *dispersó* [διεσκόρπισεν] a los soberbios, *derribó* [καθεῖλεν] a los poderosos, *enalticó* [ὑψώσεν] a los humildes, *colmó* [ἐνέπλησεν] de bienes a los hambrientos, *despidió* [ἐξάπέστειλεν] vacíos a los ricos), deben ser considerados como modos de expresar cualidades permanentes de Dios, es decir, como algo que habitualmente viene sucediendo y de lo que se tiene larga experiencia. Dios es así y obra siempre así. Y por eso tales acciones —que en hebreo se expresan con participios, y en griego con aoristos— pueden expresarse perfectamente en presente, como se hace en la versión litúrgica (Cf. S. MUÑOZ IGLESIAS, *Génesis histórico-literaria del Magnificat*, cit.,25).

<sup>39</sup> FRANCISCO, Bula *Misericordiae Vultus*, n 24. «Esa manifestación de la misericordia de Dios —considera un exégeta contemporáneo— ha alcanzado el punto culminante al suscitar al Mesías y ofrecerse por Él a todos los hombres como camino de salvación (...) El

el umbral de la casa de Isabel, estuvo dedicado a la misericordia que se extiende “de generación en generación” (Lc 1, 50). También nosotros estábamos presentes en aquellas palabras proféticas de la Virgen María. (...) María atestigua que la misericordia del Hijo de Dios no conoce límites y alcanza a todos sin excluir a ninguno».

En el Hijo concebido por María se reflejan el poder y la misericordia de Dios, como misericordia perpetua: «de generación en generación sobre los que le temen»<sup>40</sup>.

#### 4. MARÍA, MADRE DE MISERICORDIA

Además de Testigo eminente del desbordamiento de la misericordia divina sobre ella misma, primeramente, y sobre cuantos “temen a Dios”, María es merecedora, por su propia vocación y por los altísimos dones recibi-

---

Evangelio que María proclama en el *Magnificat* se condensa en el reconocimiento de Dios como Poderoso, Santo, Misericordioso, precisamente por su actuación en Cristo» (G. ARANDA, *El Magnificat. El Evangelio proclamado por María*, cit., 45).

<sup>40</sup> La expresión «su misericordia se derrama de generación en generación sobre los que le temen» (καὶ τὸ ἔλεος αὐτοῦ εἰς γενεάς καὶ γενεάς τοῖς φοβουμένοις αὐτόν) es frecuente en los Salmos (Cf., por ejemplo: Sal 33, 11; 49, 12; 61, 7; 72, 5; 79, 13; 89, 2-3; 90, 1; 102, 13; 119, 90; 135, 13; 146, 10). Como señala VALENTINI (*Il Magnificat*, cit.): «α) ἔλεος traduce ordinariamente el hebreo *hesed*, término muy frecuente en la SE, y de contenido muy denso, que aplicado a Dios suele traducirse como “bondad”, “benevolencia”, “misericordia”. Es la conducta habitual de Dios. El ἔλεος divino se manifiesta particularmente en relación con los que han pecado y con los que sufren opresión e infelicidad (Cf. *Il Magnificat. Genere letterario. Struttura. Esegesei*, cit., 171). b) εἰς γενεάς καὶ γενεάς (“de generación en generación”), esto es: “por todas las generaciones”. Está evidentemente ligada al Lc 48b (“me llamarán bienaventurada todas las generaciones”), y participa de ese sentido de duración indefinida. Está en relación asimismo con el εἰς τὸν αἰῶνα (“para siempre”) de Lc 55b, con el que se abre un futuro ilimitada a la misericordia divina, hasta confundirse con la eternidad (Cf. *ibid.*, 173). c) τοῖς φοβουμένοις αὐτόν (“sobre los que le temen”). El temor de Dios en el AT, está especialmente referido –además de a la adhesión personal a Yahweh–, a la observancia de la ley: expresa la fidelidad de Israel al Dios de la Alianza. Los que le temen, son los amigos de Dios, los que le conocen, los que confían en su amor, los que han experimentado su misericordia» (*ibid.*, 174). El temor filial es (en clave cristiana) fruto del amor, sumisión amorosa, reverencia ante la grandeza y la eminencia de Dios. Cabe ilustrar su significado, señalando que, como dice STO. TOMÁS DE AQUINO en su comentario a Isaías, Cristo poseía el temor de Dios de manera eminente junto a los demás dones del Espíritu Santo (Cf. *Super Isaiam*, 11). Tomás enseña también que el temor filial de Cristo hombre significa un movimiento de amoroso respeto al Padre: la eminencia del objeto suscita la reverencia del sujeto (Cf. *S.Th.*, III, q. 7, a. 6).

dos, del título de Madre de misericordia, más acorde con su misterioso cometido en la economía de la salvación.

Ella es realmente, físicamente, la Madre del Salvador, en cuyo misterio de vida, muerte y resurrección ha sido revelada plenamente (no solo en el sentido de que ha sido dada a conocer, sino de que se ha hecho realidad histórica) la misericordia de Dios, su amor salvador (Cf. Jn 3, 16-17). Aunque el Verbo encarnado no pueda ser llamado, hablando con propiedad, la misericordia divina encarnada, sí es cierto que la revelación de su misterio es la plena manifestación del misterio del Padre y de su amor misericordioso por el hombre. En ese sentido, el Verbo encarnado, muerto y resucitado es la manifestación histórica plena de la divina misericordia, y desde esa perspectiva, María es Madre de la misericordia realizada en la historia (*Mater Misericordiae*).

Cabe expresarlo también así:

María es la Madre del Salvador, en cuyo misterio personal de encarnación, muerte y resurrección, ha sido desvelada toda la voluntad salvífica divina. El amor de Dios, expresado ya desde el principio como amor creador (especialmente a la criatura amada por sí misma), es revelado en el Hijo hecho hombre como amor misericordioso y paterno hacia la criatura herida por el pecado. En Cristo, Nuevo Adán, se ha manifestado y realizado de modo sobrenaturalmente pleno, pero como acontecimiento histórico, la salvación (recreación) del hombre por el amor misericordioso de Dios. Y al haber sido elegida para ser la Madre del Verbo encarnado y haber aceptado libre y conscientemente la misión encomendada, María es también, como Nueva Eva, el instrumento “necesario” para hacer presente en la historia al Salvador hecho hombre, portador y dispensador de la misericordia divina.

Trayendo al mundo al Salvador, María ha traído también en Él y con Él, instrumentalmente, la salvación: la efusión o desbordamiento del amor misericordioso divino sobre el hombre herido. Y en ese sentido, como Madre del Verbo encarnado, María es y ha de ser tenida como Madre de la misericordia. Su maternidad, voluntariamente aceptada, es históricamente el acontecimiento que permite el desbordamiento pleno sobre nosotros, en Cristo, de la misericordia divina. Como Madre del Salvador, María es la llave que ha abierto desde dentro la historia de los hombres a su plenitud, como escenario de la economía de la salvación. En cuanto Madre del Dios misericordioso hecho hombre, es y debe ser llamada Madre de misericordia.

En lo que estamos diciendo se conjugan dos aspectos de por sí inseparables, que no obstante, sin desatender su esencial unidad, se pueden distinguir: a) María es Madre de la misericordia por ser la Madre del Verbo encarnado, portador de la misericordia divina; b) es Madre de la misericordia por ser la Madre del Redentor, en cuyo sacrificio se derrama sobre nosotros la misericordia divina. Es claro que no se pueden separar en Cristo su persona y su función redentora, ni cabe tampoco, en consecuencia, desunir en María su condición de Madre del Verbo encarnado y de Madre del Redentor, pero es admisible distinguir de modo virtual ambos aspectos para calar más en su cualidad de ser para nosotros Madre de misericordia.

Fijémonos en el primero de esos aspectos. Supera por completo a nuestra razón tratar de imaginar la hondura con la que María, por la grandeza de los dones recibidos, penetró ya desde el anuncio del ángel –aunque a lo largo de su existencia fuera comprendiendo más– en el misterio de su maternidad divina. Benedicto XVI, con una reflexión que nos pone de nuevo ante el *Magnificat*, aporta cierta luz a la cuestión cuando dice de María:

«El *Magnificat* –un retrato de su alma, por decirlo así– está completamente tejido por los hilos tomados de la Sagrada Escritura, de la Palabra de Dios. Así se pone de relieve que la Palabra de Dios es verdaderamente su propia casa, de la cual sale y entra con toda naturalidad. Habla y piensa con la Palabra de Dios; la Palabra de Dios se convierte en palabra suya, y su palabra nace de la Palabra de Dios. Así se pone de manifiesto, además, que sus pensamientos están en sintonía con el pensamiento de Dios, que su querer es un querer con Dios. Al estar íntimamente penetrada por la Palabra de Dios, puede convertirse en madre de la Palabra encarnada»<sup>41</sup>.

Desde esa perspectiva, cabe añadir que ella «es la que conoce más a fondo el misterio de la misericordia divina; sabe su precio y sabe cuán alto es»<sup>42</sup>. En este sentido, yendo al centro de nuestro tema, «la llamamos también Madre de la misericordia: Virgen de la misericordia o Madre de la divina misericordia; en cada uno de estos títulos se encierra un profundo significado teológico, porque expresan la preparación particular de su alma, de toda su personalidad, sabiendo ver primeramente a través de los complicados acontecimientos de Israel, y de todo hombre y de la humanidad entera después, aquella misericordia de la que «por todas la generaciones»

<sup>41</sup> BENEDICTO XVI, Enc. *Deus caritas est*, 41.

<sup>42</sup> SAN JUAN PABLO II, Enc. *Dives in misericordia*, 9.

(Lc 1, 50) nos hacemos partícipes según el eterno designio de la Santísima Trinidad<sup>43</sup>.

La Madre de Cristo ha podido comprender que la encarnación en ella del Verbo es la expresión de lo más profundo que hay en Dios: la misericordia, que es su última palabra respecto de nosotros<sup>44</sup>. En los designios divinos, la encarnación es la manifestación más alta de lo que hay escondido en el Corazón de Dios: la misericordia infinita. *Deus caritas est* (1 Jn 2, 16), hasta el punto no sólo de abajarse hasta el hombre, sino hasta el hombre pecador, que lo rechaza. No sólo cubre la distancia que va del Ser infinito al ser creado, sino la que va desde el Ser infinitamente santo al hombre pecador. El centro de esa revelación máxima de la misericordia divina es el Hijo hecho hombre. Y esa obra máxima se ha realizado por María. Dios ha querido tomar en ella nuestra carne y nuestra sangre, y a la que es Madre de Cristo, Madre de la Misericordia, nos la ha dado como Madre<sup>45</sup>. Como señala Schönborn: «María no nació como “Madre de misericordia”, sino que se convirtió en ella. “Avanzó en la peregrinación de la fe” (*Lumen Gentium*, 58). Su camino es modelo para nosotros, para alcanzar misericordia y para apropiárnosla»<sup>46</sup>.

Madre, pues, de la misericordia, como Madre que es del Verbo encarnado. Y, continuando con nuestro recorrido, hemos de añadir: Madre, asimismo, de la misericordia como Madre del Redentor, pues su peregrinación en la fe la conduce hasta la cruz de su Hijo, donde nos es dada como Madre.

¡Con que inimaginable hondura captaría ella que el Dios misericordioso, asociándola a la obra del Salvador, la llamaba a ser Madre de la misericordia! Unas palabras del Concilio Vaticano II nos permiten acercarnos a ese abismo de luz: «La Santísima Virgen, predestinada desde toda la eternidad como Madre de Dios juntamente con la encarnación del Verbo, por disposición de la divina Providencia, fue en la tierra la Madre excelsa del divino Redentor, compañera singularmente generosa

---

<sup>43</sup> *Ibidem*.

<sup>44</sup> En esa misma línea, el Papa Francisco escribe: «Ninguno como María ha conocido la profundidad del misterio de Dios hecho hombre. Todo en su vida fue plasmado por la presencia de la misericordia hecha carne» (FRANCISCO, Bula *Misericordiae Vultus*, 11-IV-2015, n. 24).

<sup>45</sup> Cf. D. LALLEMENT, *Mater Misericordiae*, cit., 17-20.

<sup>46</sup> CH. SCHÖNBORN, *Hemos encontrado Misericordia*, cit., 160.

entre todas las demás criaturas y humilde esclava del Señor. Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo al Padre en el templo, padeciendo con su Hijo cuando moría en la cruz, cooperó en forma enteramente impar a la obra del Salvador con la obediencia, la fe, la esperanza y la ardiente caridad con el fin de restaurar la vida sobrenatural de las almas. Por eso es nuestra madre en el orden de la gracia»<sup>47</sup>. Madre, pues, de la misericordia como Madre del Redentor.

No obstante, aunque podamos expresar las cosas de este modo, nunca seremos capaces de captar la verdad de ese título mariano con el que ella misma, junto a la cruz, aceptándolo en la fe, se identificó. «Nadie ha experimentado, como la Madre del Crucificado el misterio de la cruz (...) nadie como ella, María, ha acogido de corazón ese misterio: aquella dimensión verdaderamente divina de la redención, llevada a efecto en el Calvario mediante la muerte de su Hijo, junto con el sacrificio de su corazón de madre»<sup>48</sup>.

La unánime tradición de la Iglesia tiene a María, por las razones a las que hemos aludido, como Madre de misericordia. «La Escritura y los Padres de la Iglesia nos ponen ante los ojos en María una imagen concreta, es más, una imagen especular de la misericordia divina y un arquetipo de la misericordia humana y cristiana. María es tipo de la Iglesia como también lo es de la misericordia cristiana»<sup>49</sup>. *Typos* de la Iglesia, *typos* de la misericordia, Madre desde ambos puntos de mira. La teología tiene aquí un terreno para seguir trabajando. Y como señala Kasper:

«Al minimalismo mariano hay que plantearle la pregunta de si es legítimo ignorar a la ligera el testimonio de un sinnúmero de cristianos de todas las épocas, quienes en múltiples situaciones de necesidad exterior e interior han invocado a María como Madre de la misericordia y han encontrado en ella ayuda y consuelo, tratándolo con arrogancia y cierto hastío, como

---

<sup>47</sup> *Lumen Gentium*, n. 61.

<sup>48</sup> SAN JUAN PABLO II, Enc. *Dives in misericordia*, 9. «Este es el misterio de la “Madre de Misericordia”. Bajo la Cruz se convirtió en el “Refugio de los pecadores”, de todos aquellos que con sus pecados crucificaron a Jesús, “el Cordero que quita el pecado del mundo”, quien murió por sus pecados» (CH. SCHÖNBORN, *Hemos encontrado Misericordia*, cit., 166. El Autor cita a J. STÖHR, «Barmherzigkeit», en *Marienlexikon* I, 369: «En María, Cristo nos ha dado no solo un modelo o un dechado de virtudes muy lejano, sino un camino a la redención, viable hasta el final: el camino a la Madre de Misericordia».

<sup>49</sup> W. KASPER, *La misericordia*, cit., 201.

si todo eso no fuera más que piadoso entusiasmo y desbordantes emociones pías»<sup>50</sup>.

## 5. MARÍA, CANAL DE LA DIVINA MISERICORDIA

Llegamos al último de los puntos que nos habíamos propuesto considerar, dentro de esta reflexión sobre la misericordia divina y el misterio de María. En la Introducción adelantábamos su contenido diciendo que María, por la función espiritual que el Hijo le asigna en el Calvario, ligada de modo indefectible a su misión de Madre del Salvador, es para siempre colaboradora en la restauración de la vida sobrenatural de las almas, y en ese sentido ha de ser tenida como canal o conducto de la misericordia divina. Ahora, una vez expuestos los apartados anteriores, podemos expresar esa misma idea con otras palabras.

María, asociada perennemente por su misión materna al misterio del Verbo encarnado y redentor (nacido, muerto y resucitado para nuestra salvación), y al don inextinguible de la misericordia divina desplegada en la historia por medio del Salvador, está unida también para siempre a la prosecución, hasta el final de los tiempos, de la obra salvadora de su Hijo. Ella, con cualidad y función maternas ya desde Nazaret (“primera” anunciación: Madre virginal del Salvador de los hombres), y de modo pleno desde el Calvario (“segunda” anunciación: Madre espiritual de los hombres en el camino de su salvación), es instrumento singular del desbordamiento de la misericordia paterna de Dios en favor nuestro. Desde esta perspectiva, la que es Testigo eminente y Madre de misericordia, ha de ser también tenida como Canal o Cauce, con personalidad y función maternas, del verterse de la misericordia sobre los hombres, y en fin, Medianera –en Cristo y en el Espíritu Santo– de la salvación<sup>51</sup>.

El desarrollo teológico de esta idea puede articularse en cuatro puntos:

a) los bienaventurados, identificados íntegramente con Cristo y gozando plenamente de Dios, según la medida de su caridad, participan también en lo más propio de Dios respecto de los *viatores*, que es el despliegue de su misericordia;

---

<sup>50</sup> *Ibid.*

<sup>51</sup> Cf. *Lumen Gentium*, n. 62.

b) María Santísima, por la eminencia de su unión con Dios, es también partícipe eminente de la difusión de la misericordia divina en la historia;

c) tal participación, dadas su condición y función maternales en la economía de la salvación, puede ser expresada diciendo que ella es canal o cauce privilegiado de la misericordia divina;

d) es ésta, en fin, una convicción vivamente presente en el pueblo de Dios.

El primero de esos puntos es sencillamente una consecuencia derivada de un doble presupuesto. En primer lugar, del dogma de la comunión de los santos, por el que podemos afirmar que «la unión de los viadores con los hermanos que se durmieron en la paz de Cristo, de ninguna manera se interrumpe, antes bien, según la constante fe de la Iglesia, se robustece con la comunicación de bienes espirituales»<sup>52</sup>. Tal comunicación de bienes, tal consorcio con los santos, «nos une a Cristo, de quien, como de Fuente y Cabeza, dimana toda la gracia y la vida del mismo Pueblo de Dios»<sup>53</sup>. El segundo presupuesto es la doctrina acerca de la vida bienaventurada como participación en la intimidad divina, es decir, en la plenitud del Amor que es Dios y, por tanto, en la manifestación de la caridad divina como misericordia. Los bienaventurados, al estar íntimamente unidos a Cristo y ayudarnos a unirnos con Él, «no cesan de interceder (...) ante el Padre en favor nuestro», de tal modo que «su fraterna solicitud contribuye mucho a remediar nuestra debilidad»<sup>54</sup>. Dicho con otras palabras, los santos, en cuanto partícipes en Cristo del amor de Dios participan asimismo de su misericordia sobre nosotros.

Esto debe afirmarse sobre todo de María Santísima, que por la eminencia de su unión con Dios, es también partícipe eminente de la difusión de la misericordia divina sobre los hombres. Como dice Benedicto XVI: «La vida de los santos no comprende sólo su biografía terrena, sino también su vida y actuación en Dios después de la muerte. En los santos es evidente que, quien va hacia Dios, no se aleja de los hombres, sino que se hace realmente cercano a ellos. En nadie lo vemos mejor que en María»<sup>55</sup>. Na-

---

<sup>52</sup> *Lumen Gentium*, n.49.

<sup>53</sup> *Ibid.*, n. 50.

<sup>54</sup> *Ibid.*, n. 49.

<sup>55</sup> BENEDICTO XVI, Enc. *Deus caritas est*, n. 42.

die, en efecto, es partícipe como ella de la misericordia de Dios en Cristo, no por «una necesidad ineludible, sino por el divino beneplácito y la superabundancia de los méritos de Cristo»<sup>56</sup>. A ella la encontramos desde el principio movida a misericordia, en las bodas de Caná de Galilea, donde suscita con su intercesión el comienzo de los milagros de Jesús<sup>57</sup>; y la encontramos también atrayendo, antes de Pentecostés, la misericordia divina al implorar con sus oraciones el don del Espíritu, que en la Anunciación la había cubierto con su sombra<sup>58</sup>.

Puesto que «la mediación única del Redentor no excluye, sino que suscita en las criaturas diversas clases de cooperación, participada de la única fuente», la Iglesia, para que los fieles se unan con mayor intimidad al Mediador y Salvador, «no duda en confesar esta función subordinada de María», su mediación maternal, que experimenta continuamente y recomienda a la piedad de los fieles<sup>59</sup>. El mismo Vaticano II, del que estamos tomando estas ideas sobre la misericordia de María como participación en la misericordia de Dios, nos ofrece esta perfecta síntesis:

«Asunta a los cielos, no ha dejado esta misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna. Con su amor materno se cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y hallan en peligros y ansiedad hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada. Por este motivo, la Santísima Virgen es invocada en la Iglesia con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora»<sup>60</sup>.

Véase que son títulos marianos que, en cuanto ligados a su cualidad y función maternales, se hallan también vinculados a su condición de cauce de la misericordia divina.

En ella y por ella, que lo participa de modo eminente, no cesa de revelarse en la historia de la Iglesia y de la humanidad el amor misericordioso de Dios.

---

<sup>56</sup> *Lumen Gentium*, n. 60.

<sup>57</sup> Cf. *ibid.*, n. 58.

<sup>58</sup> Cf. *ibid.*, n. 59.

<sup>59</sup> *Ibid.*, n. 62.

<sup>60</sup> *Ibidem*.

«Tal revelación –se lee en *Dives in misericordia*– es especialmente fructuosa, porque se funda, por parte de la Madre de Dios, sobre el tacto singular de su corazón materno, sobre su sensibilidad particular, sobre su especial aptitud para llegar a todos aquellos que aceptan más fácilmente el amor misericordioso de parte de una madre. Es éste uno de los misterios más grandes y vivificantes del cristianismo, íntimamente vinculado con el misterio de la encarnación»<sup>61</sup>.

La Madre del Verbo encarnado y redentor, Madre de misericordia, ha sido también constituida en canal de la misericordia divina.

«A través de la participación escondida y, al mismo tiempo, incomparable en la misión mesiánica de su Hijo, ha sido llamada singularmente a acercar los hombres al amor que Él había venido a revelar: amor que halla su expresión más concreta en aquellos que sufren, en los pobres, los prisioneros, los que no ven, los oprimidos y los pecadores, tal como habló de ellos Cristo»<sup>62</sup>.

Siguiendo a Lallement, la que nos ha sido dada como Madre, la *Mater Misericordiae*, situada en el centro de los designios de la misericordia divina, continúa desarrollando –llena ella misma de misericordia– su función materna: es también la vía por la que fluyen las gracias: María, como Madre de Misericordia, es también Medianera de todas las gracias. Ella, que es la que ha recibido, por encima de todos, la misericordia divina, es también la Madre que consigue la misericordia para nosotros. Misericordia que tie-

<sup>61</sup> SAN JUAN PABLO II, Enc. *Dives in misericordia*, 9.

<sup>62</sup> *Ibidem*. A esa misericordia divina participada de modo eminente por María se refiere también BENEDICTO XVI, cuando escribe: «A su bondad materna, así como a su pureza y belleza virginal, se dirigen los hombres de todos los tiempos y de todas las partes del mundo en sus necesidades y esperanzas, en sus alegrías y contratiempos, en su soledad y en su convivencia. Y siempre experimentan el don de su bondad; experimentan el amor inagotable que derrama desde lo más profundo de su corazón. Los testimonios de gratitud, que le manifiestan en todos los continentes y en todas las culturas, son el reconocimiento de aquel amor puro que no se busca a sí mismo, sino que sencillamente quiere el bien. La devoción de los fieles muestra al mismo tiempo la intuición infalible de cómo es posible este amor: se alcanza merced a la unión más íntima con Dios, en virtud de la cual se está embargado totalmente de Él, una condición que permite a quien ha bebido en el manantial del amor de Dios convertirse a sí mismo en un manantial “del que manarán torrentes de agua viva” (Jn 7, 38)» (Enc. *Deus caritas est*, n. 42).

ne por objeto principal, ante todo, la victoria sobre el pecado, la gracia de la conversión<sup>63</sup>.

El P. José María Bover ha mantenido una idea análoga, al interpretar el «fecit mihi magna» del *Magnificat* a la luz del «fiat mihi» de la Anunciación. El “fecit mihi”, dirá, es un eco del “fiat mihi”, y las “grandes cosas” hechas a favor de María son, esencialmente, la realización de la salvación mesiánica, obrada en beneficio de ella y de todo Israel, en ella representado. Si el “fiat mihi” sirve para determinar exegéticamente el sentido del “fecit mihi”, éste, inversamente, sirve para corroborar el valor dialéctico de “fiat mihi” en orden a probar la colaboración de María en la obra de la salvación. Eso estriba en dos puntos fundamentales: a) en que el objeto del consentimiento no es solo la divina maternidad, sino también la obra de la salvación humana; b) en que el acto del consentimiento es eficaz y decisivo en orden a la ejecución de los consejos divinos referentes a esa salvación.

En definitiva, Bover sostiene que no pueden separarse la función maternal y la función soteriológica. María es constituida Madre de Dios, y ella se considera como humilde esclava, puesta a su servicio para la realización de sus designios misericordiosos. La maternidad de María es esencialmente soteriológica, y su función soteriológica es esencialmente maternal. Así adquiere nuevo sentido el “fecit mihi magna”: estas grandes cosas –los bienes de la salvación mesiánica– radicaban en la función esencialmente soteriológica de la divina maternidad. La divina maternidad es el germen y la inauguración de la salud mesiánica y de la redención humana<sup>64</sup>. La Madre de misericordia, es también Cauce por la que ésta se despliega.

Que María es Canal o Cauce privilegiado de la misericordia divina es, en fin –y así alcanzamos el último de los puntos antes mencionados–, una convicción vivamente presente en el pueblo de Dios. En realidad, en una primera constatación fundada de nuevo en el *Magnificat*, hay que sostener con Peretto que ella misma tiene conciencia «de llevar en su propia persona los destinos del pueblo de Dios, de ser canal de gracia para todos los hijos de la alianza».

Considera acertadamente ese autor en su análisis del *Magnificat*, que María es conocedora de las implicaciones religiosas, sociales y étnicas consiguientes a las “cosas grandes” (*megála*) que Dios ha realizado en ella, esto

---

<sup>63</sup> Cf. D. LALLEMENT, *Mater Misericordiae*, cit., 22.

<sup>64</sup> Cf. J. M<sup>a</sup> BOVER, «El Magnificat: su estructura y su significación», *Estudios Eclesiásticos* 19 (1945) 31-43.

es, el «carácter excepcional y único del acontecimiento de la encarnación virginal de Jesús. Por ser la Madre del Mesías, María se sabe primera destinataria y depositaria de los destinos del pueblo de Dios»<sup>65</sup>.

Y esa misma conciencia está viva, como decíamos, en la Iglesia de todos los tiempos. Walter Kasper lo encuentra ya expresado, de algún modo, leyendo unidos los pasajes de Jn 19, 27 («Y desde aquel momento el discípulo la recibió en su casa») y Jn 21, 22 («Si yo quiero que él permanezca hasta que yo vuelva, ¿a ti qué?»). «Puesto que de Juan se dice que fue el discípulo que permanece – señala–, María es acogida en lo permanente de Juan y en lo permanente de su testimonio. Así María forma parte de modo duradero del evangelio de la misericordia divina, es duraderamente testigo e instrumento de la misericordia de Dios»<sup>66</sup>. Y continuando con esta idea, repasa el testimonio al respecto de la fe de la Iglesia, sobre todo en la liturgia pero también en el arte, y por ejemplo escribe: «Ello se manifiesta ya en la más antigua oración mariana, que fue compuesta en torno al año 300 y es muy conocida: “Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios». Es probable que originariamente rezara: «Bajo tu misericordia nos refugiamos, Santa Madre de Dios»»<sup>67</sup>.

Schönborn, además de sostener que: «La elección de María (...) no es un fin en sí misma, sino al mismo tiempo misión. (...) (pues) no fue elegida por Dios para congratularse ella sola por un privilegio, sino para ser instrumento de la misericordia de Dios para todas las generaciones»<sup>68</sup>, aporta una evidencia de carácter experiencial y espiritual:

«A través de María, Madre de misericordia, somos conducidos a ser misericordiosos como nuestro padre celestial y a asumir en nuestro corazón la

<sup>65</sup> Cf. E. PERETTO, *Magnificat*, cit., 1234-1235.

<sup>66</sup> W. KASPER, *La Misericordia*, cit., 205.

<sup>67</sup> *Ibid.*, 206. La idea está tomada de Schönborn: «Las versiones más antiguas de esta oración, recogidas en papiro, tienen una particularidad: el comienzo no dice: “Bajo tu amparo”, sino: “Bajo tu misericordia nos refugiamos, oh Madre de Dios”» (CH. SCHÖNBORN, *Hemos encontrado Misericordia*, cit., 152). Otro ejemplo semejante indicado por Kasper es éste: «María no es solo tipo y modelo, sino también misericordiosa intercesora por la Iglesia y los cristianos. Por eso, a la más famosa y extendida oración mariana, el avemaría, que se remonta ya a los saludos del ángel y de Isabel a María (Cf. Lc 1,28.42), se le añadió a partir del siglo XV la petición: “Ruega por nosotros, ahora y en la hora de nuestra muerte” (Cf. A. HEINZ, «Ave Maria», en *LTbK* 1, cols. 1306s.)» (W. KASPER, *La Misericordia*, cit., 210).

<sup>68</sup> CH. SCHÖNBORN, *Hemos encontrado Misericordia*, cit., 157.

misericordia de Jesús. Aquí se pueden mencionar, por ejemplo, los diversos mensajes que mencionó la Virgen en sus apariciones. De este modo lleva a las personas —en la mayoría de los casos, niños— a convertirse a su vez en mensajeros de la misericordia»<sup>69</sup>.

## 6. MARÍA, FIGURA DE UNA IGLESIA LLAMADA A SER MEMORIA VIVA DE LA MISERICORDIA DIVINA

Desde hace décadas, y más en concreto desde el pontificado de Juan Pablo II, se viene asistiendo al “redescubrimiento”, por parte del magisterio y en general del pensamiento cristiano, de la misión de la Iglesia bajo la luz del desbordamiento en Cristo de la misericordia divina. Conforme manifiesta María en el *Magnificat*: la misericordia del Todopoderoso, cuyo nombre es Santo, «se derrama de generación en generación sobre los que le temen» (Lc 1, 50). La Iglesia, que no ha cesado nunca en su misión de hacer presente con obras y palabras esa verdad sobre Dios revelado en Cristo, siente la urgencia de poner en su realización un renovado empeño<sup>70</sup>. Así lo formula con claridad Juan Pablo II cuando, tomando en consideración el texto recién mencionado de Lc 1, 50, escribe:

«Conservando siempre en el corazón la elocuencia de estas palabras inspiradas y aplicándolas a las experiencias y sufrimientos propios de la gran familia humana, es menester que la Iglesia de nuestro tiempo adquiera conciencia más honda y concreta de la necesidad de *dar testimonio de la misericordia de Dios* en toda su misión, siguiendo las huellas de la tradición de la Antigua y Nueva Alianza, en primer lugar del mismo Cristo y de sus Apóstoles. La Iglesia debe dar testimonio de la misericordia de Dios revelada en Cristo, en toda su misión de Mesías, *profesándola* principalmente como verdad salvífica de fe necesaria para una vida coherente con la misma fe, *tratando después de introducirla y encarnarla en la vida* bien sea de sus fieles, bien sea —en cuanto posible— en la de todos los hombres de buena voluntad. Finalmente, la Iglesia —profesando la misericordia y permane-

<sup>69</sup> *Ibid.*, 167. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, en un pasaje análogo de una de sus homilias marianas, señala: «Cuando somos de verdad hijos de María (...) se agranda nuestro corazón y tenemos entrañas de misericordia. Nos duelen entonces los sufrimientos, las miserias, las equivocaciones, la soledad, la angustia, el dolor de los otros hombres nuestros hermanos. Y sentimos la urgencia de ayudarles en sus necesidades, y de hablarles de Dios para que sepan tratarle como hijos y puedan conocer las delicadezas maternas de María» (*Es Cristo que pasa*, 146c).

<sup>70</sup> Cf. SAN JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris Mater*, n.37.

ciendo siempre fiel a ella— tiene el derecho y el deber de recurrir a la misericordia de Dios, *implorándola* frente a todos los fenómenos del mal físico y moral, ante todas las amenazas que pesan sobre el entero horizonte de la vida de la humanidad contemporánea»<sup>71</sup>.

A esa tarea de la Iglesia, o diciéndolo con más propiedad, a esa toma de conciencia de su misión de *implorar, testimoniar, profesar y encarnar la misericordia de Dios revelada en Cristo*, conforme al modelo de María, quiere hacer referencia el título que hemos dado a esta parte conclusiva de nuestras reflexiones: «María, figura de una Iglesia llamada a ser memoria viva de la misericordia divina». Simplemente enunciamos dos aspectos de su contenido:

a) El primero, con apoyo en *Redemptoris Mater*, lo podemos formular así:

El anuncio de la misericordia, siguiendo el modelo mariano, exige no separar sus dos aspectos intrínsecos, que son «la verdad sobre Dios que salva, que es fuente de todo don» y «su amor preferencial por los pobres y los humildes, que, cantado en el *Magnificat*, se encuentra luego expresado en las palabras y obras de Jesús»<sup>72</sup>. En el mismo pasaje de la encíclica, a continuación de las palabras citadas, se lee:

«La Iglesia, por tanto, es consciente —y en nuestra época tal conciencia se refuerza de manera particular— de que no sólo no se pueden separar estos dos elementos del mensaje contenido en el *Magnificat*, sino que también se debe salvaguardar cuidadosamente la importancia que “los pobres” y “la opción en favor de los pobres” tienen en la palabra del Dios vivo. Se trata de temas y problemas orgánicamente relacionados con el sentido cristiano de la libertad y de la liberación».

<sup>71</sup> SAN JUAN PABLO II, Enc. *Dives in misericordia*, prólogo al §VII: *La misericordia de Dios en la misión de la Iglesia*. (Las ideas señaladas en cursiva son las que desarrolla a lo largo de ese apartado).

<sup>72</sup> SAN JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris Mater*, n. 37. En un pasaje de contenido análogo, esta vez de *Dives in misericordia*, escribe el Pontífice: «Tenemos pleno derecho a creer que también nuestra generación está comprendida en las palabras de la Madre de Dios, cuando glorificaba la misericordia, de la que «de generación en generación» son partícipes cuantos se dejan guiar por el temor de Dios. Las palabras del *Magnificat* mariano tienen un contenido profético, que afecta no sólo al pasado de Israel, sino también al futuro del Pueblo de Dios sobre la tierra» (Enc. *Dives in misericordia*, n.10).

Y, tomando unas palabras de un conocido documento de la Congregación para la Doctrina de la Fe, insiste Juan Pablo II en la importancia del modelo marianos: «Dependiendo totalmente de Dios y plenamente orientada hacia Él por el empuje de su fe, María, al lado de su Hijo, es la imagen más perfecta de la libertad y de la liberación de la humanidad y del cosmos. La Iglesia debe mirar hacia ella, Madre y Modelo para comprender en su integridad el sentido de su misión»<sup>73</sup>.

El teólogo Jacques Dupont ha destacado también la honda conexión entre las dos partes del cántico, subrayando que ambas manifiestan la permanencia ilimitada de la misericordia (v. 50: «de generación en generación»; v. 55. «para siempre»). El Dios del que el *Magnificat* celebra la santidad, la misericordia y la fuerza soberana es ciertamente, continúa Dupont, aquel al que sirven los que le temen; pero el Evangelio, enseguida, nos muestra que su solicitud se extiende también sobre los que están alejados de Él, a los que sólo pide volver para perdonarles todo. Dicho de otro modo, el Dios que celebra el *Magnificat* es el Dios de Israel, el que ha llamado a Abrahán y le ha hecho promesas a las que no fallará; pero ha querido que de la salvación otorgada a su pueblo puedan asimismo beneficiarse todos los hombres, sea cual sea su origen étnico. Esta es entonces la conclusión a la que quiere llegar Dupont: la salvación que Dios quiere otorgar a todos los hombres no hace abstracción de las situaciones concretas de su existencia: implica esencialmente un dar la vuelta a las situaciones injustas que la sociedad hace recaer sobre los débiles y los desposeídos. El Dios del *Magnificat* no planea por encima de la realidad socio-política; se coloca resueltamente del lado de los pobres y de los sin poder. Su misericordia muestra la fuerza que usará contra los poderosos y los saciados<sup>74</sup>.

---

<sup>73</sup> CDF, *Instrucción sobre Libertad cristiana y liberación*, 22-III-1986, 97. No están lejos esas palabras de otras que escribió Pablo VI: «María de Nazaret, aún habiéndose abandonado a la voluntad del Señor, fue algo del todo distinto de una mujer pasivamente remisiva o de religiosidad alienante, antes bien fue mujer que no dudó en proclamar que Dios es vindicador de los humildes y de los oprimidos y derriba sus tronos a los poderosos del mundo (cf. Lc 1, 51-53)» (BEATO PABLO VI, Exh. Ap. *Marialis cultus*, 2-II-1974, n. 37).

<sup>74</sup> Cf. J. DUPONT, OSB, «Le Magnificat comme discours sur Dieu», *NRT* 102 (1980) 321-343; aquí 342-343. De manera semejante señala PERETTO: «El Dios exaltado en el cántico es el Dios de Israel, que rompe las fronteras de la raza para extender los beneficios de la salvación a todos los hombres. Ésta no es algo abstracto; desciende hasta las realidades históricas concretas, privilegia a los oprimidos, a los humillados, derriba las situaciones injustas creadas por los que manipulan la ley a su capricho. El restablecimiento de la justicia postula el nombre santo de Dios» (*Magnificat*, cit. 1237).

b) El segundo aspecto que queremos señalar puede plantearse así:

«Encarnar la misericordia divina es justamente la misión que, por ser la de Cristo, es también análogamente la de la Iglesia en su conjunto y la de cada cristiano en particular. Podría ser formulada como la misión de dar a conocer al Padre, esto es —expresándolo con una idea que escribimos hace años—, la misión de desvelar mediante las propias obras el amor y la misericordia del Padre. “Como mi Padre me envió, así también yo os envío a vosotros” (Jn 20,21). No sólo hay semejanza en el hecho del envío sino, sobre todo, semejanza en su contenido, en la sustancia de la misión, pues dar a conocer el amor del Padre significa, traducido en términos de existencia filial cristiana, o bien de identidad cristiana como hoy se suele decir, realizarlo en la historia, y por eso se convierte sencillamente en amar con obras»<sup>75</sup>.

La Iglesia llamada a ser, como decíamos, memoria viva de la misericordia divina tiene, por eso mismo, la misión de promover, *ad extra* y *ad intra* de sí misma, una «cultura de la caridad» y por ende una «cultura de la misericordia» y del perdón<sup>76</sup>. Es claro que tal «cultura de la misericordia» merece ser promovida, pero para realizarlo se necesita pensar a fondo qué es, en toda su extensión, el testimonio de la caridad en la vida personal, familiar, profesional y social. Y además, tratar de comprenderlo y expresarlo a la luz de María.

Walter Kasper, por ejemplo, y con esta referencia finalizamos las presentes consideraciones, lo ha enunciado así:

«María es, de todas las criaturas, la que corporeiza el evangelio de la misericordia divina de la forma más pura y bella. (...) De este modo, justamente a la vista de las actuales circunstancias vitales, con frecuencia deficientes, y de la a menudo tan plana comprensión de la vida, María puede ser tipo y resplandeciente modelo de una nueva cultura de la misericordia.

<sup>75</sup> A. ARANDA, «Llamados a ser hijos del Padre. Aproximación teológica a la noción de filiación divina», en J.L. ILLANES (*et al.*), *El Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo*, Servicio de publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona 2000, 252-272; aquí 272.

<sup>76</sup> «Jesús afirma que la misericordia no es solo el obrar del Padre, sino que ella se convierte en el criterio para saber quiénes son realmente sus verdaderos hijos. Así entonces, estamos llamados a vivir de misericordia, porque a nosotros en primer lugar se nos ha aplicado misericordia. El perdón de las ofensas deviene la expresión más evidente del amor misericordioso y para nosotros cristianos es un imperativo del que no podemos prescindir» (FRANCISCO, Bula *Misericordiae Vultus*, n. 9).

Y ello, tanto para la vida de cada cristiano como para la Iglesia y su renovación a partir de la idea de misericordia, pero también de cara a la construcción de una cultura de la misericordia en la sociedad. Así, pues, cabe caracterizar a María con toda razón como tipo y modelo de una renovada cultura y espiritualidad cristiana de la misericordia<sup>77</sup>.

El pensamiento cristiano tiene por delante, en este aspecto, un trabajo particularmente importante, con el que la mariología del presente debe sentirse comprometida, pues el camino de la misericordia revelada es intensamente mariano. En este punto, como en otros de evidente trascendencia espiritual y teológica, el testimonio de los santos, además de anteceder ordinariamente el trabajo de los teólogos, puede también estimularlo<sup>78</sup>.

---

<sup>77</sup> W. KASPER, *La misericordia...*, cit., 210. Suyas son también estas palabras: «María nos dice y muestra que el evangelio de la misericordia divina en Jesucristo es lo mejor que se nos puede decir, y lo mejor que podemos escuchar, y, al mismo tiempo, lo más bello que puede existir, porque es capaz de transformarnos a nosotros y de transformar nuestro mundo a través de la gloria de Dios en su graciosa misericordia» (*ibid.*, 211).

<sup>78</sup> Es oportuno recordar al respecto, a modo de ejemplo, lo que relata uno de los biógrafos de san Josemaría Escrivá. El día 23 de agosto de 1971, encontrándose el santo en un pueblecito del norte de Italia (Caglio), después de celebrar misa y dar gracias, mientras ojeaba el periódico, sintió con gran nitidez y fuerza irresistible que se imprimía en su alma una locución divina, en lengua latina, de claro contenido bíblico: *Adeamus cum fiducia ad thronum gloriae ut misericordiam consequamur*. «Acerquémonos confiadamente al trono de la gracia, para que alcancemos misericordia» (Cf. Heb 4, 16, con la sustitución, de *gratiae* por *gloriae*, tal como oyó san Josemaría). Entendió que esas palabras grabadas por Dios a fuego en su alma se referían a la Virgen María, que es trono de gloria por su intimidad de amor con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Y comprendió que Dios le hacía saber que, por medio de su Madre, siempre se alcanza la misericordia divina (Cf. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei. Vida de Josemaría Escrivá de Balaguer*, III: «Los caminos divinos de la tierra», Ed. Rialp, Madrid 2003, cap. 23, p. 609).